

Entre Los Trigales



andar antes de que yo lo hiciera. Primero iba al pasc. Luego echó a correr. Yo le seguí, tropezando entre los terrones.

Cuando entramos en la vereda del Gato, Chenti se paró:

-Oye, tú, y si es peligroso...
-No sé, debe serlo. Se lo oí decir al jefe de Falange.
-¿Tienes algo?
-Una navaja.

Por FRANCISCO FERNANDEZ-SANTOS

CUANDO pasaba corriendo por la solana de una voz que me llamaba por mi nombre:

-¡Eh, tú, José! ¿Dónde vas tan de prisa...?

Me detuve en medio del polvo gris y pajoso del camino. Vi a Chenti que me miraba. Había otros chicos a la sombra del corralón del tío Solano. Debían estar jugando a las perras o a las tabas.

No me acerqué. Hice señas impacientes a Chenti para que viniera.

-Anda, date prisa, ven corriendo.

-¿No vienes a jugar?
-No. Deja a los otros que jueguen. Ven de prisa -Chenti venía al paso-. Anda, corre...

Cuando estubo junto a mí le arrastré de una manga.

-Oye, que me vas a romper la camisa... ¿Qué te pasa con tantas prisas?

No quería hablar para que no me oyeran los otros.

El sol caldeaba de lo lindo. Los terrones comenzaban ya a echar humo -bueno, nosotros decimos que es humo; deben ser más bien llamas grises.

Cuando estuvimos bastante lejos arrastré a Chenti bajo un olivo -no le había soltado aún de la manga.

-¿Qué te pasa?, ¡leñe! Se me estaba dando bien el juego...

Me miraba con sus ojos negros y ligeramente bizcos, un poco rabioso de mi silencio.

-Me he escapado de mi casa. Mi madre no me dejaba salir. Pero yo quiero verla.

-¿Ver a quién?
-Al miliciano. ¿No lo sabes?

-Pero... ¿qué miliciano?

-No lo sé. Uno... Viene de huyendo. Se lo he oído decir al jefe de Falange. Ha venido a mi casa y se lo ha dicho a mi padre. Le ha dicho: «Coge la escopeta y vente, que hay por ahí suelto un miliciano peligroso.» Lo ha dicho así: «peligroso.»

-Pero ¿dónde está el miliciano?

-No lo sé. Por los trigales, escondido. O por los olivares. Después ha venido el tío Feliciano, con su escopeta, y mi padre se ha ido con él. Les he oído hablar del camino del Otero. Andará por allí. Mi madre no me dejaba salir. Pero me he escapado. Tuve que saltar por el corral. Yo voy a verla. ¿Tú vienes?

Chenti no contestó. Pero se puso a

- Eso no basta. Necesitamos unas buenas estacas, por si acaso...

-Las cortaremos en la alameda. Tenemos que pasar por allí. Las hay buenas.

Chenti echó de nuevo a andar, despacio. Miraba al suelo y daba patadas en los hierbajos de la vereda.

-¿De dónde vendrá?

-No lo sé. Pero yo creo que del otro lado del río. Cuando salté por la tapia del corral vi a Blas con otros hombres que bajaban hacia la plaza. Ellos llevaban una hoz. Oí que decía algo de la vía... Me fui corriendo por si salía mi madre. Pero... yo creo que el miliciano es el que pone las bombas en la vía. Ya ha hecho descarrilar dos trenes.

Chenti se paró de nuevo, mirándome de reñón:

-¿Tú crees que tendrá alguna escondida?

-¿Alguna qué?

-Bomba.

-No lo sé. Quizá. Pero lo que sí debe tener es pistola. Mi padre dice que los milicianos del otro lado del río llevan siempre pistola.

Chenti echó a andar de nuevo, pero despacio. Se veía que remoloneaba.

Yo le dije:

-Si no quieres venir, no vengas. Yo voy a verla de todas maneras.

-¿Que yo no quiero ir? -Dio una patada a un cardo, un poco rabioso-. El miedoso serás tú...

Yo no había dicho que él fuera miedoso.

Se hurgó con el dedo en la nariz, como si pensara. Y de repente echó a correr, vereda adelante, con todas sus fuerzas. Yo le seguí sin poder alcanzarle. Se aprovechaba de sus piernas largas y de que yo era más chico que él.

Me esperó en la fuente de la alameda, sentado en el borde del pilón. Miraba al suelo, con la gorra entre las manos, dándole vueltas. Luego se levantó de un salto:

-Vamos a cortar esas varas.

Tuve que quitarme las sandalias; a Chenti le daba miedo gatear desde que se cayó un día de lo alto de un almendra. Corté dos varas bastante gordas, un poco secas. Desde el álamo, por el camino del Otero, se veían los trigales, amarillos bajo el sol. Por allí debía estar el miliciano.

Arreglamos las varas, cortándolas bien los nudos. Antes de marcharnos

me eché un poco de agua por la cabeza y en la camisa, por el calor, y mojé el pañuelo. Luego estaría fresco.

Tiramos por el camino grande. Chenti daba de cuando en cuando una patada en el suelo y levantaba una nube de polvo. Se subió al bardazo y dijo:

-Vente por aquí. No podemos ir por el camino. Van a venir los hombres...

Subí a su lado. Se veía la torre del pueblo, con la veleta y la cigüeña. Un poco más arriba, el juego de pelota y el reloj del Ayuntamiento.

Hacia calor y me puse el pañuelo mojado en la frente. Chenti cortó una espiga de trigo:

-¿Tú crees que debemos esperarlos?

-¿A quién?

-A los hombres.

-¿Para qué?

-Será mejor que vayan ellos delante... Si tiene pistola y nos ve solos... Los palos no alcanzan lo que las pistolas. Y peor si tiene bombas.

-Claro.

Chenti mondaba los granos de trigo en la mano y después los mascaba. Yo continué:

-Pero nos le van a quitar... Le cogerán o le matarán, y después no podremos ni verle.

Fasaba una cigüeña, alta, larguirucha, con algo en el pico. Chenti la apuntó con el palo e hizo como que disparaba:

-¿Pum! ¿Pum!...

Después me miró con su cara seria, me hizo un gesto con la mano y echó a andar, enfilando el bardazo.

-¿Por dónde crees que habrá tirao?

-Hacia el Otero. Yo se lo oí decir a Blas. Irá para Santa Olalla.

-¿Para qué?

-Por la carretera. Querrá coger un auto.

-¿Tú crees que llegará?

-Debe estar muy cansao. Toda la mañana corriendo... Venía detrás de él la Guardia Civil. Los guardias son los que han dado el aviso en el pueblo.

El camino hacia un recodo, junto al cerro del Caballo, y luego atravesaba por medio del olivar del tío Grillo.

-¿Nos sentamos un poco?

-Bueno.

Debajo de la oliva hacía menos calor. Me pasó otra vez el pañuelo por la cara. El reloj del Ayuntamiento daba las once.

Chenti habló sin mirarme:

-¿Cómo crees que será?
-¿Quién?
-El miliciano.
-No sé... Yo creo que debe ser alto, muy negro, con mala cara... Debe ser muy valiente, pero malo.

Pone las bombas en la vía, ya te lo he dicho.

-¿Y tendrá balas de fusil en las cartucheras?

-Yo creo que sí. Por lo menos de pistola.

-Se las quitaremos... para hacer pólvora.

-Claro, se las quitaremos.

-Pero... primero habrá que matarle.

Chenti me miró de una manera rara y después se echó a reír, con su voz un poco ronca. Cogió una piedra y la tiró, sentado, con fuerza, contra un tronco:

-Así... a pedradas.

-Y con el palo. Y la navaja, además.

-Le quitaremos también las cartucheras. Y el corraje.

-Y la pistola.

-Sí, la pistola también. Iremos a tirar con ella detrás de la iglesia, a las pedomas de la torre.

-Yo tengo buena puntería.

-Y yo mejor.

Me levanté de un salto. Estaba alegre, excitado. Iba a echar a andar cuando Chenti me agarró de un pie y me tiró al suelo:

-Escóndete, de prisa...

Yo le iba a contestar furioso, pero él dijo:

-Los hombres... Escóndete, que vienen por el camino.

Nos arrastramos detrás de la oliva.

Por el camino, volviendo el recodo, venía un grupo de hombres. Se oían ya sus conversaciones.

-Escóndete bien, que te van a ver.

Eran lo menos quince o veinte. Delante iban el alcalde, el jefe de Falange y otros dos hombres, todos con escopetas. Un poco detrás vi al veterinario con su hijo, el que estudia Medicina -este llevaba una pistola al cinto-. Después mi padre, el tío Feliciano y el hermano mayor de Chenti. El último, Blas, con una hoz y liando un cigarrillo. Iban a buen paso.



Al pasar frente a nosotros, por el camino, pudimos oír algo de lo que iban hablando.

—Habrás que extenderte bien por el llano para que no se nos escape. Pero... no me pisotéis mucho los trigos, que me vais a dejar sin grano.

Esta era la voz del alcalde; la reconocimos en seguida porque es aguardentosa y ronca.

—Ese no se nos escapa.

—Afla bien tu hoz, Blas, no te vaya a comer el miliciano—dijo otra voz.

—Si corta más que el frío, melón—oímos que respondía Blas. Después se puso a canturrear un fandango mientras se subía los pantalones. Iba a la cola, como siempre.

Oí a Chenti que se reía por lo bajo. Yo estuve a punto de gritar:

—Blas, Sañanís, ¿dónde vas?

Es una cosa que le decimos los chicos del pueblo para que rabie y nos tire piedras. Pero me contuve.

Ya no oímos más. Cuando los hombres desaparecieron por el camino nos levantamos, mirando a todos lados —por si acaso— y echamos ollivar arriba. Al salir a campo abierto, los guardias civiles iban a caballo por lo alto del cerro. Estaban ya bastante lejos y no podían vernos. Pero aún nos quedamos un rato junto a una oliva.

—Nos le van a quitar —le dije a Chenti—. Habrá que tirar por el otro lao del cerro.

—Y si está por este lao?

—¿Cualquiera sabe! Tenemos que ir por el otro para que no nos guíen.

—¿Y si ha tirao para la vía?

—Quiá, ese no vuelve por allí.

Le tiré a Chenti de la camisa:

—Hala, vamos. Hay que darse prisa. Tenemos que descubrirle nosotros primero. Si no, no tendremos las balas.

Cruzamos el cerro, agachándonos un poco para que no nos vieran, y nos metimos por un trigal. Las pajas se me metían por entre las sandalias y me picaban en las piernas. El pañuelo se me había secado ya y tenía mucho calor.

No se veía a nadie. Los campos, amarillos bajo el sol, estaban solos, solos hasta muy lejos, entre llanuras y colinas. Chenti y yo nos miramos: el miliciano tenía que estar allí, seguro. Sentí al mismo tiempo una alegría y una aprensión rara, como cuando iba a cazar codornices con mi padre. Tendríamos que ir con cul-

gado: podía estar tumbado en algún trigal o en una cebada...

—¿Tú crees que tendrá miedo?

—le pregunté a Chenti, que iba delante de mí.

—Seguro. Como ha puesto las bombas..., en cuanto le vea la Guardia Civil no se escapa... ¡Bum! ¡Bum!

—Chenti volvió a hacer como que disparaba, con la vara.

—¿Tú crees que se tirará a un pozo?—dije yo.

—¿Por qué?

—Anda, como el miliciano que se tiró al pozo del tejón el día de la toma del pueblo para que no le cogieran los moros.

—¿Tú le viste?

—No. Pero le oí decir a mi padre que, cuando le sacaron, tenía los ojos muy grandes y el fusil apretado contra el cuerpo. Era muy joven...

—Este no se tira.

—¿Por qué?

—Porque no hay pozo por aquí. Aderás..., tampoco están los moros.

—Sí, pero la Guardia Civil...

—Mira.

Chenti señalaba con la vara hacia lo lejos. Los hombres se habían desparramado por lo alto de los cerros y en los llanos. Estaban a más de un kilómetro. Velamos también a un guardia civil a caballo.

Chenti aligeró el paso, siempre delante de mí. Seguía comiendo granos de trigo. Todo estaba en silencio. Cogimos por una linde y yo iba dando saltos, a pesar del calor.

Chenti se detuvo y, sin mirarme, me preguntó:

—¿Y no te ha contado tu padre lo de la miliciiana?

—¿Qué miliciiana?

—La que querían coger los moros viva. Pero se defendió como un gato. Fue en el olivar del tío Martín; se escondió detrás de una oliva y desde allí tiraba con el fusil. Dicen que se cargó a trece. Tuvieron que matarla...

—¿Y para qué querían cogerla viva?

—Anda este, ¿para qué iba a ser?...—Chenti me miró muy serio: yo creo que no sabe sonreír—. Para esto—hizo un gesto turbio con el cuerpo.

Comprendí vagamente. Pero aquello no me gustaba. Volví a pensar en el miliciano.

—Nos repartiremos las balas, ¿eh? La mitad para cada uno. Y la pistola para los dos.

—La guardaré yo, que soy más grande.

—Bueno, como quieras. Pero me la dejarás, ¿eh?

—Claro.

Nos callamos un momento. Luego Chenti dijo:

—Si le vemos, dale en la cabeza. En la cabeza, ¿te enteras?

—Sí.

Comprendía. Pero eso no me interesaba: pensaba en las balas, en la pistola, en los correajes... y en la excitación de verle, de cogerle antes que los otros. Pensaba también en las bombas, en su cara mala, en sus ojos negros y temibles... Debía de ser grande, grande... y negro, como un diablo.

Dejamos la linde y nos metimos por un trigal que a mí me llegaba casi a los hombros.

—Mira.

Chenti se había detenido y me señalaba hacia los hombres, allá lejos. Vi al guardia civil que corría con el caballo; dos hombres más corrían también.

—Le han visto.

Me dio un vuelco el corazón. Chenti echó a correr en la dirección de los hombres, con todas sus fuerzas. Corría como un loco, sin preocuparse de los terrones ni de las espigas, moviendo los brazos y con la camisa al aire. Yo hice lo que pude por seguirle, pero me fue imposible: tenía la cara llena de sudor y me retrasaba cada vez más.

De repente, le ví que se detenía en medio del trigal, inmóvil y mirando hacia tierra. No comprendí en seguida. Seguí corriendo y llegué jadeando a su lado... Me quedé como paralizado, mientras el corazón parecía que se me iba a salir del pecho.

En medio del trigal, sobre las espigas acamadas, estaba tumbado un hombre. Se había levantado un poco apoyándose en las manos y nos miraba, inmóvil. Llevaba un mono azul, muy roto y sucio, pero sin correajes, ni cartucheras, ni pistola... Nos seguía mirando, inmóvil. Su cara era joven, pero muy flaca y llena de barba.

Creo que estuvimos lo menos un minuto sin movernos, ninguno de los tres. Yo sentía una angustia en el pecho, como si me persiguieran y no pudiera huir, huir... De repente, Chenti, sin decir una palabra, levantó la vara.

El hombre nos miraba con sus ojos grandes, grandes, negros y llenos de una luz rara. Lo único que se movía era esa luz en sus ojos, una luz que se encendía y se apagaba. Yo la miraba fascinado, como si mirara a un pozo sin fondo. Chenti se adelantó un paso, tenso, apretando los dientes, la cara un poco blanca bajo su piel morena. Alargó la vara y le pinchó en las piernas.

El hombre hizo un gruñido raro, como si llorara por dentro, y se puso torpemente a cuatro patas. Chenti le pinchó con fuerza en el costado. Yo seguía paralizado, como si una mano me apretara la garganta. El hombre se arrastró por el trigal, con sus gruñidos roncós, como sollozos. Chenti le pinchaba por todos lados. Volvió la cara hacia mí, un momento —le centelleaban los ojos, bizcos—, y me gritó:

—Dale en la cabeza..., que no se escape..., dale fuerte.

En ese mismo momento las campanas de la torre, a lo lejos, se pusieron a tocar las doce. Sentí un escalofrío y un peso en el estómago, como una bola.

—Dale en la cabeza..., ¡venga!, que se escape...

No oía más que los gruñidos, los gruñidos... entre el trigal.

De repente, tiré la vara al suelo y eché a correr. Corría desesperadamente, como nunca lo había hecho. Tropezando en los terrones, cayendo, pinchándome con los cardos, desgarrándome la camisa, sucia la cara de sudor y lágrimas... No paré hasta llegar a mi casa.

Sin que me viera mi madre me encerré en el pajar y estuve llorando hasta muy tarde, temblando las carnes de escalofríos. Todavía seguía oyendo los gruñidos, los sollozos...

